

ACERCA DE LA FILOSOFÍA

Las posibilidades radicales de un antiguo modo de ejercer el pensamiento

Rubén Muñoz Martínez. Sevilla.

Resumen: Este texto ofrece una visión de conjunto de lo que es la filosofía. Se busca una exposición de los puntos fundamentales que definen esta actividad, atendiendo a los aspectos constitutivos de la misma. Desde la propia filosofía, se lleva a cabo una exposición de sus contenidos fundamentales y de la manera de tratarlos. En resumidas cuentas, este texto es una respuesta para todos aquellos profanos en la materia, que preguntan al estudiante o al experto en filosofía “¿Qué es la filosofía?”

Abstract: This text shows a general vision about what philosophy is. It tries to present an exhibition of the fundamental points that define this activity, attending to the constitutive aspects and the way to treat them. In summary, this text is an answer to those non-expert people in the subject who always have the same question for the philosophy student or the expert in philosophy “What is the philosophy?”

1. Desarrollo histórico-conceptual de la filosofía

Como es sobradamente conocido, históricamente la “filo-sofía” (etimológicamente, “amor a la sabiduría”) nace en Grecia. Los presocráticos y la clásica tríada formada por Sócrates, Platón y Aristóteles conforman los cimientos de esta manera de ejercer el pensamiento. Todo lo que ha venido después han sido puntualizaciones, no por ello carentes de una suma importancia, a lo pensado por estos colosos.

Los presocráticos, con su preguntar, inauguran un nuevo modo de situarse ante lo real. Su pregunta fundamental -el arché- busca el origen inicial, aquello de donde emergen las cosas. Sócrates, desde una vivencia auténtica y envidiablemente filosófica, con su ejemplo prepara el genio de Platón para modular esta forma de pensamiento. Definitivamente, Aristóteles fijará de una forma sistemática y rigurosa los conceptos de esta “ciencia admirable”. A partir de entonces, nuestra manera de admi-

rar el mundo será otra.

Esta nueva manera de comprender el mundo está englobada históricamente en cuatro grandes períodos, que abarcan los más de veinticinco siglos de historia de la filosofía acaecidos hasta el momento. En primer lugar encontramos la ya mencionada filosofía griega Antigua, donde resaltan cuatro ideas fundamentales: la pregunta presocrática por el arché, la idea platónica del bien, la areté socrática y la sustancia aristotélica. Todo este conglomerado de ideas, puede subsumirse bajo la noción general de *phýsis*. Posteriormente en la medievalidad, el mundo pasa a ser asumido desde la noción de creación -*creatio*-, en un preguntar que manifiesta claramente la íntima unión existente entre filosofía y teología, cuyo culmen histórico se concretiza en la obra de Tomás de Aquino. Ya en la modernidad, desde Descartes, el filósofo asume la realidad escindiéndola artificialmente en un sujeto cognoscente, que pretende acceder a la supuesta objetividad del mundo. Esta escisión traerá consigo muchos problemas anexos. Spinoza, Leibniz, Locke, Hume, Kant o Hegel son algunos de los grandes espíritus modernos, que se enfrentan a esta ruptura conceptual de lo real, que tiene su origen en el cogito francés. Finalmente, en el siglo XX surgen una serie de grandes pensadores, que desde un ejercicio radical del pensamiento, adoptan “una actitud totalmente distinta” ante lo real. Así, encontramos los casos de Bergson, Ortega, Heidegger, Zubiri, o el creador de la fenomenología, Edmund Husserl, entre otros, cuyos esfuerzos se centran en intentar replantear nuestra situación “en-el-mundo”. Así es como a lo largo de estos cuatro períodos, se ha ido forjando el concepto y la historia de la filosofía.

Respecto a la comprensión interna del concepto “filosofía”, propiamente dicho, y a su ubicación entre las distintas disciplinas sapienciales, desde la modernidad se acentúa de forma destacada una agria polémica, que en cierta manera se genera por la propia naturaleza de la filosofía misma: la posibilidad o no de la filosofía como ciencia. Ésta es una de las grandes disputas, que más ha dado que hablar en el ámbito de la filosofía en los últimos siglos.

Al igual que el desconocimiento histórico nos puede hacer caer en el error, el conocimiento histórico nos conduce inevitablemente a la evidencia. No se trata de que la filosofía sea o no sea ciencia. Si atendemos a este debate desde el conocimiento histórico, entenderemos desde un primer momento que este asunto carece de sentido¹. Antes de que existiera

¹ Kant, I. *Crítica de la razón pura*. Madrid. Alfaguara. 1999, p. 7, en “Prólogo de la primera edición”: “Hubo un tiempo en que la metafísica recibía el nombre de reina de todas las ciencias y, si se toma el deseo por la realidad, bien merecía este

lo que hoy se denomina mayoritariamente como “ciencia”, es decir las ciencias positivas, la filosofía ya era la ciencia. La ciencia nació como filosofía, y precisamente fueron los filósofos, los que se encargaron de modular dicho concepto².

Antes de la aparición de la filosofía, la mitología era el modo de conocimiento con el que se vivía en la antigüedad, y desde el que se interpretaba el mundo. Sin embargo, los pensadores griegos desarrollaron la filosofía como un nuevo modo de conocimiento, sujeto a una serie de restricciones racionales muy concretas. Desde la filosofía ha de pensarse atendiendo a una serie de principios (de identidad, de no contradicción o de causalidad, entre otros), que nos aseguran un modo de entender lo real fundamentado sobre la noción de verdad. Este nuevo modo de admirar lo real se denominará igualmente “ciencia”. Como se puede observar, la identidad conceptual entre filosofía y ciencia, surge con el acaecer de la propia reflexión filosófica, y dicho producto se toma desde el principio, sin ningún tipo de discusión o confusión, como algo evidente. Se trata de una identidad conceptual tan clara y unánime, como la que existía entre la propia filosofía y la metafísica. Desde el reconocimiento interno del origen conceptual de nuestra materia, se hace accesible el hecho de que efectivamente la filosofía es ciencia, así como la filosofía es metafísica. Nos encontramos ante una tríada conceptual fundamentada en el mismo origen. Son tres conceptos en uno. Por todo ello caemos en un grave error, si consideramos que la filosofía no es ciencia o ha dejado de serlo. Las ciencias han nacido de la filosofía, de hecho los primeros “físicos” (filósofos de la naturaleza) se consideraban a sí mismos filósofos³. ¿Cómo puede afirmarse entonces que la filosofía queda fuera del conocimiento científico?

Nuestro interés no está en otorgarle gratuitamente a la filosofía, la cualidad de ser una disciplina científica, tal y como sucede unánimemente en el caso de la física o la química. Nosotros ya aceptamos ese hecho

honroso título, dada la importancia prioritaria de su objeto. La moda actual, por el contrario, consiste en manifestar todo su desprecio.”

² Para comprobar este hecho histórico tan sólo hay que ojear obras como el *Teeteto* de Platón, donde ya se habla de ciencia en lo que eran inicios del pensar epistémico occidental. Ver al respecto *Teeteto* (151 E, 158 E, 187 C y 201 D). En textos como éstos, se puede comprobar fehacientemente que el concepto de ciencia nace, se modula y se fundamenta desde la reflexión filosófica de estos pensadores, y no porque la ciencia sea filosofía o esté supeditada a ella, sino porque en su origen conceptual ciencia y filosofía designaban lo mismo. Filosofía y ciencia, estaban fundamentadas en una unidad conceptual sin ningún tipo de distinción. Así, se hablaba de filosofía y ciencia indistintamente, como *episteme*.

³ Para comprobar este hecho tan sólo hay que ojear los títulos de algunas de sus obras, como por ejemplo, *Los principios matemáticos de la filosofía natural*, de Newton.

como algo evidente, atendiendo a la propia historia y a la comprensión interna de la propia filosofía. Pero en honor a la verdad, y respondiendo a nuestra intención de pensar la filosofía desde ella misma, lo que más nos interesa mostrar es que el empeño por dejar a la filosofía fuera del ámbito de sentido de la ciencia, responde al intento de designar a esta manera de ejercer el pensamiento, como un conocimiento carente de fundamento y sin sentido, cuando precisamente la filosofía responde a ese intento en su forma más rigurosa, como atestigua una y otra vez el desarrollo de la propia filosofía. Este asunto y no otro es el que verdaderamente nos preocupa.

La filosofía no puede ser considerada como un conocimiento carente de sentido o de verdad, debido al mero hecho de que sus planteamientos tengan que ser desarrollados de una manera distinta, a como son desarrollados en el terreno de las ciencias positivas. Las ciencias positivas lo tienen algo más “fácil”. Sus objetos de estudio pueden ser sometidos a experimentación, o cuando menos son susceptibles de ser cuantificados y calculados. La filosofía trata de aquello que no puede ser ni cuantificado, ni medido, ni sometido a experimentación. Sin embargo se atreve con esas realidades. Por ello, es por lo que podríamos hablar de la filosofía como “ciencia de lo cualitativo”.

2. La búsqueda de la verdad

La búsqueda de la verdad en su aspecto más profundo y desde una perspectiva trascendental, y entendiendo “trascendental” en sentido estrictamente filosófico⁴, caracteriza el quehacer del filósofo desde su raíz más originaria. No es posible hacer filosofía si no se pretende la verdad. Hegel nos advierte sobre esta condición ineludible para todo filósofo, al inicio de sus lecciones sobre historia de la filosofía:

“El valor de la verdad, la fe en el poder del espíritu, es la primera condición de la filosofía.”⁵

Las dificultades insalvables que conlleva el camino hacia la verdad, son de una peculiaridad históricamente conocida. La finitud del hombre

⁴ Empleamos aquí la palabra “trascendental” en el sentido estrictamente filosófico, que designa el acto intelectual de “superar” la naturaleza empírica de las cosas, elevándonos sobre ellas para atender a *aquello* que no encontramos en lo sensible, y que sin embargo define el ser de las cosas desde su naturaleza más íntima.

⁵ Hegel, G. W. F. *Lecciones sobre la historia de la filosofía I*. México. F. C. E. 1996, p. 5.

particular, incardinado en su momento histórico concreto, hace que sea del todo imposible alcanzar la verdad con mayúsculas. Sin embargo, la modesta tarea del hombre concreto que se dirige honestamente hacia la verdad, posibilita el avance de la comunidad filosófica hacia la misma. En el siglo X, obviamente, no se gozaba de la riqueza filosófica del siglo XV, ni en el XVIII se poseía la riqueza reflexiva del XX. Esta situación histórica es producida por la sucesión de los diversos esfuerzos filosóficos acaecidos en el tiempo, los cuales nos han hecho avanzar progresivamente en nuestro conocimiento filosófico del mundo.

En líneas generales, la verdad es el objetivo impulsor de todas las actividades creadoras humanas. El químico se dedica a indagar la esencia de las cosas desde su disciplina, para llegar a conocer el funcionamiento interno de las mismas, el pintor pretende mostrarnos en su tarea la plenitud de lo real, desde la categoría artística de lo bello, así como el matemático busca la verdad de lo real en las formas matemáticas. Todos estos ejemplos apuntan en una misma dirección: la verdad.

En sus *Investigaciones Lógicas* Husserl lleva a cabo una fuerte defensa de la verdad, arremetiendo contra el relativismo. En el desarrollo de la cuestión, el filósofo alemán nos ilumina sobre aspectos diversos en torno a dicho asunto⁶.

En resumidas cuentas, pues, hemos de decir que la verdad se presenta como el fundamento esencial de la existencia, que en su aprehensión aproxima al hombre a su cumplimiento total como persona. Así, la vida del ser humano en general y del filósofo en particular, debe entenderse y asumirse como un intento permanente de búsqueda hacia la verdad, si se quiere alcanzar una vida plena y filosóficamente auténtica.

3. Pensar la Filosofía. Aspectos constitutivos del saber filosófico

El intento de hacer filosofía significa ya por sí solo y de una manera explícita, caer en el hecho de pensar la filosofía misma. La complejidad de esta tarea conduce irremisiblemente a una reflexión circular que nos dirige, queramos o no, al cuestionamiento radical de esta manera de pensar. Es decir, el intento de hacer filosofía nos hace preguntarnos qué sea la filosofía misma.

⁶ Husserl, E. *Investigaciones Lógicas I*. Madrid. Alianza. 1999, p. 114: "Lo que es verdadero es absolutamente verdadero, es verdadero "en sí". La verdad es una e idéntica, sean hombres u otros seres no humanos, ángeles o dioses, los que la aprehendan por el juicio."

Así, en un primer momento, al pararnos a reflexionar sobre la esencia de la filosofía, nos topamos de frente con tres aspectos constitutivos fundamentales de la misma, sin los cuales la filosofía no es posible: el hecho ontológico de “pensar por sí mismo”; el “pensar-en-tradición” y la intencionalidad radical de “ir a las cosas mismas”.

“Pensar por sí mismo” es un aspecto ineludible del saber filosófico. No es posible hacer filosofía, si el filósofo no parte del intento de pensar por sí mismo. El hecho de “pensar por sí mismo”, puede describirse como un acto intencional, que pretende abrirse reflexivamente a las cosas, con una actitud radical de búsqueda humilde y paciente, que en su quehacer contempla lo real desde una posición propia. Esta actitud radical de búsqueda originaria, no pretende la genialidad banal o la simple ocurrencia. Se trata de construir una reflexión personal propia desde la honestidad intelectual. No hay que ir tras lo original, sino tras lo originario.

El que intenta pensar por sí mismo es el que desde lo ya sabido -la tradición-, y siempre en clara referencia a la verdad, procura abrir nuevas vías originarias de indagación, que nos ofrezcan nuevas opciones para el pensamiento. Así “pensar por sí mismo”, designa el hecho de dejar caer sobre uno mismo, la enorme responsabilidad de enfrentarse a la realidad de una manera originaria y propia, asumiendo al mismo tiempo que “pensar por sí mismo” es un intento cuya pretensión, debido a la dificultad de la propia tarea, no garantiza su éxito.

“Pensar por sí mismo” es el primer desideratum que el filósofo debe asumir como inexcusable, en el momento de emprender su tarea, pero esta imposición debe ser asumida desde lo ya pensado. Por ello el “pensar-en-tradición”, se muestra como otro de los aspectos ineludiblemente constitutivos del pensar filosófico. Si no pensamos “en tradición” no pensamos originariamente, ya que la tradición es la que nos sitúa “en-camino-a-la-verdad”, y nos ofrece la posibilidad de alcanzar nuevas metas.

Los grandes autores son aquéllos que han sabido “pensar por sí mismos” “en tradición”, y precisamente gracias a ello han realizado nuevos avances con sus descubrimientos. Así, por ejemplo, además de por su poderosa fuerza creadora, Aristóteles no sería el Aristóteles que nosotros conocemos si Platón no hubiera existido, al igual que Hegel no sería Hegel sin Kant, ni Heidegger sería el mismo sin Husserl. Estas referencias históricas son claros ejemplos de la necesidad del “pensar en tradición”. Sin el apoyo en “lo pensado” en el pasado, nunca habríamos llegado al punto en el que hoy nos encontramos. Los grandes creadores nos abren nuevos caminos, que deben ser explorados desde el diálogo fructífero con

ellos mismos, y por ello debemos “re-conocer” y conocer sus obras, y no caer en una mortal ignorancia del pasado que nos constituye.

“Pensar-en-tradición” significa entablar una conversación con el pasado, en donde nuestra búsqueda se mueve en lo “conversado” por nuestro interlocutor con autores anteriores, estableciendo así una concomitancia interna dentro de la propia historia de la filosofía, en la que cada autor aporta su propio pensamiento de una manera creadora, produciendo un avance general en la investigación de la comunidad filosófica, tal y como nos enseña el magistral texto del medieval Bernardo de Chartres:

“Somos como enanos sentados sobre las espaldas de gigantes. Vemos, pues, más cosas que los antiguos y más alejadas; pero no por la penetración de nuestra vista o por nuestra mayor talla, sino porque nos levantan con su altura gigantesca.”⁷

La tarea de “pensar por sí mismo” y la obligación de “pensar-en-tradición”, se completan con el acto intencional de “ir a las cosas mismas”. “Las cosas” aportan la referencia concreta al pensamiento. No se puede pensar en abstracto, sin más. Efectivamente hay que “pensar por sí mismo”, pero hay que pensar “algo”, y este “algo” para un filósofo es “la cosa misma”. “La cosa misma” aporta el norte hacia el que el filósofo debe dirigirse. Con la expresión “la cosa misma”, referimos en nuestra materia el objeto del filosofar. Dicha expresión puede designar el amor, la libertad o el pensar mismo, es decir, el asunto que ocupa al filosofar en cada momento. Y por otro lado, el acto de ir designa el ejercicio propio del filósofo, ésa es su labor, “ir-hacia-la-cosa”. Después cada pensador desarrolla y depura de una manera particular, su propio modo de acercarse a la cosa. Así, por ejemplo, Platón se aproximó a “la cosa” a través del diálogo y Descartes lo hizo mediante la duda metódica.

Fue el filósofo alemán Edmund Husserl quien popularizó con su fenomenología esta expresión, tan citada y conocida hoy día: “a las cosas mismas” (“zu den Sachen selbst”), aunque la sentencia ya puede ser encontrada en Platón. Esta expresión es la bandera capital de la fenomenología, ya que sin la asunción de este mandato inicial no es posible hacer fenomenología. Esto no quiere decir que fuera Husserl el primer autor en

⁷ Gilson, E. *La filosofía en la edad media. Desde los orígenes patristicos hasta el fin del siglo XIV*. Madrid. Gredos. 1995, p. 255. Estas palabras pertenecen a Bernardo de Chartres y están tomadas del *Metalogicon* de Juan de Salisbury, ya que sólo conocemos a Bernardo de Chartres a través de Juan de Salisbury al no poseer documentos directos del pensador de Chartres.

toda la historia de la filosofía, que se percatara de la importancia que tenía asumir este precepto a la hora de ponerse a filosofar, pero no es menos cierto que realmente sí fue él quien lo tematizó de la manera más explícita.

Con esta referencia a estos tres aspectos inexcusables del pensar filosófico, hemos querido delinear los tres momentos más elementales de nuestra tarea, si pretendemos ejercerla de una manera auténticamente creadora y rigurosa.

4. Los grandes temas: hombre, mundo y Dios

La reflexión y la actividad creadora que el ser humano ha acumulado a lo largo de su historia, se resumen en tres grandes temas que aglutinan en su seno, toda la riqueza de la realidad: hombre, mundo y Dios. Estas cuestiones son los núcleos elementales, que reúnen las máximas preocupaciones para todo ser humano. Todas las disciplinas se centran de una u otra manera y según sus parámetros propios de indagación, en estos tres grandes temas. Probablemente fue Immanuel Kant en su *Crítica de la razón pura*, uno de los que expresó este hecho de forma más clara y definitiva. Pero obviamente esta situación no es exclusiva de la filosofía.

Si atendemos, por ejemplo, al campo del arte observaremos cómo las grandes obras producidas a lo largo de los siglos, nos hablan desde la visión particular de sus autores sobre cada uno de estos temas. Cada artista, a su manera, con su creación “des-vela” nuevos aspectos acerca del hombre, del mundo y de Dios. Así en la Antigüedad, los grandes templos griegos fueron erigidos para honrar a los dioses y mostrar respeto hacia los mismos, al igual que la música de Bach en el siglo XVIII se construyó como toda una teología musical, con la finalidad principal de alabar a Dios. Del mismo modo en filosofía encontramos casos como el de Hegel, donde se desarrolla una concepción global del universo, en donde hombre, mundo y Dios son tratados simultáneamente en un despliegue dialéctico, que interrelaciona incansablemente a las tres figuras. En el mundo de la literatura hallamos esta misma situación desde otra perspectiva, como muestran de una manera excepcional *La Divina Comedia* de Dante o *el Fausto* de Goethe. Esta situación se repite una y otra vez, en los diversos ámbitos de reflexión y creación más propios del ser humano: filosofía, música, física, arquitectura, teología, política, derecho...

En lo que respecta al tema del hombre, de una manera sintética podemos decir que el hombre, “ente-existente” en constante relación dia-

lógica⁸ con el mundo y por lo tanto con la verdad, se presenta a sí mismo como un enigma, sobre el que reflexionar desde sus propias limitaciones. Las facultades humanas hacen que el hombre se plantee diversas interrogantes sobre sí mismo y sobre el mundo, que a su vez son imposibles de resolver de una manera completa desde dichas facultades. Todos los grandes creadores se han interrogado por el sentido de la existencia humana, en un sentido concreto y en un sentido general.

¿Cuál es el sentido de la existencia humana?, ¿tiene la vida alguna finalidad?, ¿hacia dónde va dirigida la humanidad?, etc., todas estas cuestiones en las más diversas formas, han sido planteadas por los grandes pensadores, habiendo propuestas que han destacado especialmente por la profundidad de su análisis. Se pueden destacar, entre otras, la concepción agustiniana del hombre como “abismo”, plasmada por Agustín de Hipona en las Confesiones, la definición aristotélica de hombre como “animal racional”, o la esbozada por Boecio, que nos habla de “supuesto individual de naturaleza racional”. Sea como fuere, parece ser que tal y como sentenció Kant, la pregunta “¿Qué es el hombre?” contiene a todas las demás.

En resumidas cuentas, la reflexión del hombre sobre la posición que él mismo ocupa en el universo y sobre el sentido de su existencia, asalta de una manera inmediata su propio pensamiento, en el mismo momento en el que se detiene a reflexionar sobre lo que le rodea y le constituye. Por ello, plantear la cuestión del hombre y llevar a cabo serias investigaciones en torno a sí mismo, se presenta como el primer paso ineludible en nuestra indagación del universo.

Por otra parte, respecto al tema del mundo debemos comenzar aclarando el hecho que indica que hoy día, desde la organización actual del saber científico, se tiende casi intuitivamente a entender el mundo, como un asunto que pertenece en exclusiva al ámbito de las ciencias positivas, tales como la física. Pero desde una comprensión filosófica, el mundo jamás puede ser reducido al conjunto de fenómenos físicos que en él se manifiestan. El mundo es mucho más que eso. Como ya hemos explicado anteriormente, la filosofía asume el mundo desde una comprensión cualitativa del mismo. Así el mundo es mucho más que el espacio, la veloci-

⁸ Con el término “dialógica” nos referimos a la relación ontológica entendida como *diálogo*, en el sentido originario de “diálogo” (“a través de la “razón”), que se da entre el hombre y el mundo de una manera significativa, para que el hombre pueda existir con sentido en búsqueda de su plenitud. Así, el hombre y el mundo tienen que vivir y “con-vivir” en un diálogo continuo, donde las posiciones de habla y escucha se vuelven fundamentales, aunque quizá esto sea tema para otro análisis más pormenorizado, que habrá de tener lugar en otra ocasión.

dad, el tiempo en su interpretación físico-matemática o la localización geográfica de las diversas partes que lo componen. El mundo no puede quedar encerrado en una fórmula matemática, o en un mapa físico-político.

Cada modo de saber, a su manera y desde sus posibilidades epistémicas, desvela distintos aspectos del mundo y del universo. Estas averiguaciones consiguen que gradualmente, vayamos alcanzando un conocimiento cada vez más profundo del mismo. Pero precisamente por esto, no podemos descartar ningún modo de conocimiento epistémico como “no válido”.

Como decimos, el pensamiento filosófico no se detiene en la investigación de aquello que se nos muestra empíricamente, sino que la reflexión del filósofo indaga el horizonte “trascendental”, en el sentido filosófico anteriormente delimitado, que constituye al mundo y configura la constitución ontológica del hombre. Desde estas pautas, los filósofos han presentando las más diversas propuestas de lo que es el mundo, y del sentido que éste tiene para el hombre.

En el mundo griego clásico, Platón desarrolló toda una interpretación filosófica del mundo, que influyó decisivamente en la conformación cultural de occidente, y en su manera de intentar acceder al sentido de las cosas. Como es sabido, influido por su maestro Sócrates, Platón se acercó al mundo desde una perspectiva de marcado carácter metafísico, en donde el mundo no es asumido simplemente como “aquello” que se aparece a nuestros sentidos. El maestro griego nos enseñó que si somos capaces de contemplar ese aparecer con otros “ojos”, alcanzaremos con el intelecto mucho “más” de lo que nuestros sentidos nos transmiten. Desde este planteamiento de base, Platón elaboró su teoría del mundo y explicó que esta totalidad se nos ofrece en dos ámbitos distintos, pero unidos, a los cuales él denominó “mundo sensible” y “mundo inteligible”. El primero sería aquél que percibimos a través de los sentidos, y el segundo aquél al que podemos acceder gracias al pensamiento. La importancia decisiva del mundo inteligible sobre el mundo sensible, radica en el hecho ontológico que hace que el primero constituya al segundo en su ser más íntimo.

Obviamente desde esta perspectiva, el mundo no se comprende solamente como un conglomerado de cuerpos, movimientos o fuerzas, sino que Platón nos enseña que si somos capaces de contemplar de “otra manera”, podremos percibir intelectualmente realidades tales como la “mundanidad” o el ser, realidades que tan sólo son alcanzables por el pensamiento, pero que sin embargo nos constituyen de la manera más íntima y raigal.

De manera parecida pero más de veinte siglos después, en 1927 Martin Heidegger reinterpreta el planteamiento platónico, y desde “el apoyo en la tradición” de lo acontecido, en estos más de dos mil años de reflexión humana y filosófica, nos habla del “Ser-en-el-mundo”. Heidegger define el “Ser-en-el-mundo”, como la primera determinación fundamental de la existencia, a partir de la cual debe plantearse el sentido del hombre. Con esta expresión el pensador alemán se refiere al “hecho ontológico”, que nos muestra que la existencia humana no se puede concebir sino por una relación con el mundo. Gracias a que hay “algo absolutamente exterior a nosotros” que llamamos “mundo”, hay “yo”. Es decir, con la expresión “Ser-en-el-mundo” se quiere expresar la situación de la existencia del hombre, en la cual sucede que éste existe en relación a un mundo, que a su vez existe también en relación al hombre; no hay uno sin otro. No hay ningún momento en el cual se pueda decir, que la existencia humana aún no está en el mundo. El “Ser-en-el-mundo” constituye fundamental e irreductiblemente, el ser mismo de nuestra existencia. No hay hombre sin mundo ni mundo sin hombre, de ahí los guiones en la expresión “Ser-en-el-mundo”, los cuales indican esa inherencia recíproca que hay entre ambas estructuras.

Con los ejemplos de Platón y Heidegger, hemos querido ofrecer dos planteamientos filosóficos que hayan tratado de manera explícita, la cuestión del mundo desde una perspectiva estrictamente filosófica. Ahora nos queda el tema de Dios.

Finalizamos nuestra señalización de los tres grandes temas con el asunto de Dios, una cuestión especialmente compleja, debido a las múltiples y diversas implicaciones que la misma conlleva en su tratamiento. Para muchos autores, el asunto de Dios es el gran asunto para el hombre. Desde este planteamiento de prioridad absoluta, Dios y lo divino se ofrecen a los pensadores como el último gran telón de fondo, sobre el que recae todo el peso de la existencia humana. Muchos han sido los autores que han intentado acercarse a este tema, buscando algún intento de comprensión profunda del mismo.

Primero y ante todo, hay que tener en cuenta que cuando en filosofía se habla de Dios, no se está hablando del Dios de la religión, que se sustenta en la fe de cada hombre particular. “El Dios de los filósofos”, en expresión de Pascal, alude a la última realidad “explicativa-trascendental” de todo lo que hay. El Dios de la filosofía no se sustenta en la fe, sino en la experiencia trascendental del pensamiento. Es decir, el Dios de la filosofía se da y se nos ofrece como “sustento” de todo lo demás, no como un ser personal, incardinado en la fe de cada persona creyente

en un “más allá”, después de la muerte. Así mientras que el Dios de la religión, sustentado en la fe, remite a la actitud personal de cada creyente; el Dios de la filosofía, sustentado en la percepción intelectual del mismo como experiencia trascendental, remite al modo de comprensión de la filosofía como ciencia trascendental. Este Dios no tiene nada que ver con la fe, ni puede ser pensado en filosofía desde la fe. Este Dios es asumido por los filósofos, como la “causa primera” o “lo absoluto”.

Desde esta concepción, cada filósofo ha desarrollado su manera particular de entender a Dios. Así los modos de conceptualización al respecto, y las aportaciones de cada obra filosófica son múltiples y variadas. Aristóteles nos habla en sus escritos del “Primer Motor”, Descartes busca la fundamentación última de su sistema filosófico en la figura de Dios, Spinoza trata la cuestión desde su intento moderno, de derivar todas las cosas “al modo geométrico” desde la sustancia primera y Heidegger intenta eludir el tema de manera explícita, así como Sartre habla del mismo desde la negación radical (ateísmo).

En este tema, hemos de destacar las aportaciones que el filósofo alemán Gottfried Wilhelm Leibniz realizó en su Teodicea, donde justifica racionalmente la existencia de este mundo, a partir de la libre voluntad de Dios, sustentada en su infinita bondad y sabiduría. De entre todas las posibilidades existentes, Dios elige este mundo como “el mejor posible”.

5. Maneras de hacer filosofía

Para alcanzar una visión más completa de la filosofía, parece más que oportuno concluir este texto, esbozando una mínima indicación sobre algunos de los modos de expresión, utilizados por los grandes filósofos a lo largo de la historia.

Comenzaremos este recorrido por el aforismo, ya que fue el modo de expresión en que nos han llegado los pensamientos de los primeros filósofos, los presocráticos. En el aforismo se condensa enérgicamente la fuerza de un pensamiento concreto, que en su referencia a lo universal, nos puede señalar profundamente en múltiples sentidos. El aforismo tiene la ventaja de concentrar toda una plenitud de sentido, en un espacio lingüístico muy reducido, pero al mismo tiempo tiene el inconveniente de que al exponer un pensamiento a la manera de un “martillazo”, como sostenía Nietzsche, en múltiples ocasiones deja al lector, en un estado de incompreensión sin ningún otro referente al que poder agarrarse. En el aforismo todo queda concentrado en un “golpe expresivo” muy breve y sin más desarrollo, no sucede como en otros modos de expresión, donde al

lector o estudioso se le ofrece la posibilidad de asumir más adelante, lo que no haya podido comprender en las explicaciones anteriores. En muchas ocasiones, esta situación provoca un exceso de interpretación, que acaba por perderse en su propia y autónoma reflexión, llegando incluso a dejar a un lado el pensamiento que realmente expresa el aforismo. En el aforismo no hay desarrollo, como hemos mencionado todo se dice en un mismo golpe de expresión. Ahí radica su efecto y su defecto.

Otra forma de expresión utilizada por muchos filósofos a lo largo de la historia es el diálogo, destacando por encima de todos los ejemplos que podamos encontrar, el de Platón. El diálogo es el modo expresivo en el que nos ha llegado toda la obra de Platón, excepto sus cartas, y en estos diálogos se halla concentrada de la forma más impresionante que podamos imaginar, la esencia toda de la filosofía.

El diálogo tiene la viveza de la conversación, dos personajes interactúan con planteamientos distintos, preguntas y respuestas, en búsqueda de una solución a un problema que está siendo debatido. El diálogo aporta la pluralidad de valoraciones que nos pueden ofrecer dos o más interlocutores, mientras que cuando es una sola voz la que nos habla siempre desde un único y exclusivo punto de vista, la perspectiva es siempre la misma. Sin embargo, el tratamiento y profundización de conceptos que podemos encontrar en una obra sistemática, a la manera de un tratado, es difícil encontrarlo en un diálogo. Aunque bien es cierto que tenemos claros ejemplos históricos, en donde esta profundización es llevada a cabo desde el diálogo, aunque no es menos cierto que el desglose sucesivo en capítulos, apartados, párrafos, etc. propios del tratado, parece mostrar de una manera más clara para la mente científica, la indagación de una cuestión epistémica. Aunque ya el espíritu moderno de Leibniz, nos mostró magistralmente en sus diálogos (ver Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano), cómo es posible tratar rigurosamente una cuestión científica a través del diálogo.

Por otro lado, en la historia de la filosofía podemos encontrar fácilmente, multitud de Tratados que han pasado al reino de “los clásicos”. Para muchos, el género del Tratado es el modo más adecuado para expresar los pensamientos filosóficos, a la vez que la expresión arquetípica y más clásica del sistema⁹. Probablemente la característica más pronunciada del Tratado, sea el intento de explicitación desarrollado y ordenado de todo lo que allí se dice. El Tratado puede expresar exactamente “lo

9 Ver al respecto la *Crítica de la razón pura*, de Kant o la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, de Hegel, por citar tan solo dos de las grandes cumbres del saber filosófico en lo que a expresión sistemática se refiere.

mismo” que un breve aforismo de una línea, pero mientras el aforismo lleva a cabo esta labor de una manera ágil y breve, apostando por la capacidad de intelección intuitiva del lector, el Tratado no se conforma con esta opción y va mucho más allá en los desarrollos de su planteamiento. Recordemos el ejemplo de la *Metafísica* de Aristóteles o de las *Investigaciones Lógicas*, de Husserl.

El Tratado clásico siempre estará formado por páginas, páginas y más páginas, llegando en ocasiones a la extenuación de las posibilidades más agudizadas de desarrollo del pensamiento humano. El autor de un Tratado siempre intentará amarrar todas las ideas y conceptos, desarrollar todas las intuiciones, medir todas las posibilidades de las sentencias emitidas, cerrar el alcance de las significaciones tratadas, calibrar todo aquello que se tiene que pensar y lo que la obra misma puede dar que pensar... pero a pesar de todo, siempre quedará un “algo” más.

La autobiografía ha sido otro modo de expresión tradicional de algunos grandes pensadores. Si bien es cierto que algunos filósofos han utilizado la autobiografía para mostrar sus pensamientos, no es menos cierto que estos mismos autores también han trazado otras grandes obras de carácter más sistemático, donde han expuesto sus pensamientos de una manera más rigurosa y detallada. Pero por ello no debemos caer en el error de dejar a un lado sus autobiografías, como exposición de meros momentos anecdóticos de su vida personal. Una de las autobiografías más impresionantes y con más contenido filosófico que podemos encontrar, son las *Confesiones* de San Agustín, donde el autor de Hipona esboza pensamientos filosóficos de una densidad admirable, a través del relato de ciertos momentos puntuales de su existencia. En las *Confesiones* son narradas filosóficamente, algunas de las reflexiones agustinianas más profundas. De entre los muchos ejemplos que podríamos citar, por sus repercusiones históricas se hace indispensable *El discurso del método* de René Descartes, donde el francés delinea los pasos fundamentales para llevar a cabo la búsqueda de la verdad universal, a través del discurso autobiográfico.

La autobiografía carece de la pulcritud y rigurosidad metodológicas propias del Tratado, pero gana en la viveza que otorga a los conceptos el relato de los actos ordinarios de la vida de un pensador. Como en el caso del aforismo, con la autobiografía se gana en viveza y agilidad y se pierde en penetración y meticulosidad.

Con lo dicho, hemos recorrido a modo de muestreo, algunos de los géneros expresivos más utilizados habitualmente en filosofía. Las opciones mencionadas son tan dispares como excelentes, aunque ninguna, se

utilice el camino que se utilice, puede dejarlo todo dicho.

Podríamos seguir recorriendo otros modos de expresión tradicionalmente utilizados en filosofía, tales como el ensayo, con una apertura mayor hacia la dimensión subjetiva del autor; las cartas, con un carácter más personal en la exposición de sus contenidos; o dentro de los géneros más utilizados en el mundo académico, podríamos haber hablado de las lecciones, las conferencias o los discursos. Pero consideramos que con la exposición que hemos llevado a cabo, ya nos hemos acercado suficientemente a los géneros tradicionalmente más significativos en nuestro ámbito, con lo que dejamos abierta la consideración hacia otras modalidades de expresión para otro momento y lugar.

Rubén Muñoz Martínez
C/ Plátano de Indias, 24
Almensilla 41111 (Sevilla)
montesofia@eresmas.com